

¿OTRA CLASE DE POLITIZACIÓN? Representaciones de la vida colectiva y procesos de implicación cívica de los jóvenes en situación de desventaja

ANOTHER WAY OF POLITICIZATION?

Representations of collective life and processes of civic implication among
disadvantaged young people

JORGE BENEDICTO jbenedicto@poli.uned.es

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). España.

MARÍA LUZ MORÁN mlmoran@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid (UCM). España.

RESUMEN

El artículo analiza el modo en que los jóvenes españoles en situación de desventaja politizan la complicada realidad en la que desarrollan sus vidas y cómo, en algunos casos, son capaces de convertirse en actores políticos por medio de la implicación con otros en acciones de carácter reivindicativo, superando así el efecto de las desventajas que dificultan enormemente sus transiciones. Utilizando los resultados de una investigación realizada entre 2009 y 2011 con jóvenes madrileños y andaluces que presentan evidentes dificultades en sus procesos de integración, se analiza la complejidad de sus procesos de politización. La frustración y la impotencia cívica derivadas de las difíciles condiciones en que desarrollan sus transiciones condicionan sus relaciones con lo colectivo, pero no impiden la construcción de diferentes discursos políticos ni tampoco las experiencias de compromiso colectivo.

PALABRAS CLAVE

Constelaciones de desventaja; Implicación cívica; Juventud; Politización.

ABSTRACT

The article analyzes how Spanish disadvantaged young people politicize the complex reality in which their everyday lives take place, and how, in some occasions, they succeed in becoming political actors through their mutual implication in collective mobilizations. These processes allow them to overcome the effect of those disadvantages that hinder to a great degree their transitions to adulthood. The results of a qualitative research carried out between 2009 and 2011 with disadvantaged young people from Madrid and Andalusia show the complex paths of their politicization processes. The social frustration and civic helplessness caused by complicated conditions of their transitions affect their relationships with the collectivity but do not prevent the construction of different political discourses, nor the experiences of collective commitment.

KEYWORDS

Civic Engagement; Constellations of Disadvantage; Politicization; Youth.

INTRODUCCIÓN*

La repercusión en el terreno político de las desigualdades sociales, económicas y culturales es una de las cuestiones que se constatan una y otra vez en los estudios de sociología política. La formulación más conocida y con mayor influencia en la literatura especializada es, sin duda, el modelo del estatus socioeconómico (*SES Model*) propuesto por Verba y Nie (1972). Presentado de manera sucinta, el modelo sostiene que las personas pertenecientes a grupos sociales con menor estatus socioeconómico tienen más dificultades para integrarse activamente en la comunidad política: manifiestan menor interés por las cuestiones políticas, tienen menos conocimientos de este tipo de temas, participan en proporción más baja en actividades políticas, están insertos en un menor número de redes y contextos de implicación, etc. En suma, tienen que hacer frente a costes de oportunidad más altos y encuentran menos estímulos para poder convertirse en sujetos políticos activos.

La imagen resultante de este modelo que vincula a los grupos más desfavorecidos con la despolitización y con la apatía política se acentúa, aún más, en el caso de los jóvenes con dificultades sociales y económicas, en tanto en cuanto a las determinaciones socioeconómicas aludidas habría que unir el creciente alejamiento que las nuevas generaciones mantienen respecto al sistema político, sus actores e instituciones. La consecuencia es que son vistos como sujetos desinteresados por lo que pasa a su alrededor, sin capacidad ni predisposición para politizar la realidad en la que viven y sin las competencias necesarias para ejercer su condición ciudadana.

Si bien las dificultades sociales y económicas a las que tienen que hacer frente determinados grupos de jóvenes constituyen, según se ha comprobado empíricamente, obstáculos de primer orden para acceder a la vida adulta y para convertirse en miembros plenos de la comunidad política (Pacheco y Plutzer 2008), de ahí no se puede deducir, como ocurre en las formulaciones derivadas del modelo del estatus socioeconómico, que estas condiciones estructurales determinen su ausencia de politización. Por el contrario, es necesario tener en cuenta el margen de maniobra de los actores en las distintas situaciones y la posibilidad de activar su capacidad de agencia¹ (Cefaï 2011). En

* Esta investigación es el resultado de dos proyectos financiados, respectivamente, por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (SEJ2007-63241/SOCI) y por la Fundación Centro de Estudios Andaluces (PRY107/09). Agradecemos la colaboración de los colegas que formaron parte de ambos equipos de investigación por cuanto en su seno fueron tomando forma muchas de las ideas que se discuten en el texto. Una primera versión de este trabajo fue presentada en el coloquio "Les jeunes et l'action politique: participation, contestation, résistance" celebrado en el marco del 80 Congreso de la ACFAS, Montreal, 7-11 mayo 2012. Tanto los comentarios de los participantes en el coloquio como las sugerencias realizadas por tres revisores anónimos de la revista nos han sido de gran ayuda para mejorar el texto final.

¹ En este artículo, de acuerdo con lo propuesto por los investigadores del proyecto europeo UP2YOUTH (*Youth-actor social change*), entenderemos "agencia" como: "the capacity of an individual to act, related at

este sentido, como trataremos de mostrar en este trabajo, sus procesos de politización siguen caminos mucho más complejos en los que la frustración social y la impotencia cívica que impregnan sus relaciones con lo colectivo condicionan, pero no impiden, la construcción de diferentes discursos políticos —unos más críticos y otros más pesimistas— ni tampoco las experiencias de compromiso colectivo. Precisamente en ciertas ocasiones, a través de la implicación en acciones colectivas, los jóvenes logran romper aunque sea de manera coyuntural el círculo vicioso de la frustración y la impotencia cívica y alcanzan un grado de politización significativo.

Con esta hipótesis de partida, el presente texto tiene por objetivo analizar cómo los jóvenes en situación de desventaja politizan la complicada realidad en la que desarrollan sus vidas y cómo, en algunos casos, son capaces de convertirse en actores políticos por medio de la implicación con otros en acciones de carácter reivindicativo, superando así el efecto de las desventajas que dificultan enormemente sus transiciones. Con este propósito, en este artículo se consideran, en primer lugar, las características de las transiciones de los jóvenes en situaciones de desventaja y su influencia sobre los procesos de politización. En segundo lugar, se detallan los aspectos metodológicos de la investigación empírica en la que se basa nuestro trabajo y cuyos resultados se discuten en los apartados siguientes. En el tercer apartado se dibuja el contexto de significaciones en el que encuentran sentido los planteamientos de estos jóvenes, destacando la relevancia que los sentimientos de frustración e impotencia cívica tienen a la hora de abordar las dimensiones colectivas de sus vidas. Por último, en los dos apartados finales, se analizan los procesos de politización, a través de las diferentes representaciones de la vida en común que enuncian y de los relatos de sus experiencias de implicación colectiva.

TRANSICIONES JUVENILES, CONSTELACIONES DE DESVENTAJA Y PROCESOS DE POLITIZACIÓN

La transformación de las transiciones juveniles ocurrida en las últimas décadas en las sociedades occidentales resulta hoy día una evidencia difícil de cuestionar. Podemos discutir sobre la magnitud de los cambios o sobre la mayor o menor persistencia de las trayectorias que tradicionalmente conducían hacia la vida adulta, pero no hay duda de que asistimos a una profunda redefinición de la juventud en consonancia con los cambios sociales, económicos y culturales que se han producido en las sociedades capitalistas de fin de siglo (Wallace y Kovatcheva 1998; Bynner *et al.* 1997; Cavalli y Galland 1993).

one level to free will, while action refers to a single activity influenced or resulting from agentic processes". ("Theoretical reflections on young people's agency in comparative perspective". Interim discussion paper for the UP2YOUTH project, p. 7).

Estas nuevas transiciones juveniles mezclan rasgos de continuidad y discontinuidad respecto a los estándares habituales de hace unas décadas, donde la sucesión y el ritmo de las etapas que llevaban a la vida adulta eran previsible individual y colectivamente. Aunque el grado de complejidad y desestandarización que caracterizan hoy las transiciones juveniles sea objeto de un debate inacabado (Furlong *et al.* 2006; Walther 2006; Nico 2013), es evidente que la experiencia de la transición sí se ha modificado sensiblemente. Si el punto de llegada a veces es muy parecido al que anteriormente se alcanzaba, no lo es el modo en que se ejerce la agencia y se vive la experiencia de ser joven. Los jóvenes experimentan cada vez más las transiciones como procesos intencionales (Bottrell and Armstrong 2007), incluso en aquellos casos en los que las opciones entre los caminos a seguir son bastante reducidas y la capacidad de elegir entre rumbos alternativos limitada, como consecuencia de la escasez de recursos y competencias y la acumulación de desventajas.

Precisamente, el caso de los jóvenes con problemas socioeconómicos y/o personales que desarrollan transiciones precarias o desestructuradas permite poner de manifiesto las contradicciones de la nueva situación en la que viven los jóvenes. Como acabamos de mencionar, también ellos se ven obligados a gestionar sus proyectos de vida como si fueran los principales responsables de su destino, a pesar de no disponer de los recursos sociales y culturales adecuados para hacerlo ni de las competencias necesarias para superar los obstáculos que les imponen sus desventajas de partida. Por otra parte, los rasgos generacionales que definen hoy la condición juvenil en las sociedades capitalistas de la segunda modernidad, como pueden ser la incertidumbre y la fragmentación en el devenir de las transiciones (Bynner *et al.* 1997; Roberts 2011) o la precariedad vital (Fortino *et al.* 2012), se acentúan entre los jóvenes con especiales dificultades de integración social hasta convertirse en importantes factores de vulnerabilidad. Bien es verdad que, como muestran MacDonald y Marsh (2001) en su análisis de la juventud británica en contextos de exclusión social, muchos de ellos no sienten que sus problemas sean muy diferentes de los que tienen el resto de jóvenes, pero ello no puede ocultar la distancia que les separa de la mayoría de sus coetáneos, como muestran los indicadores objetivos de condiciones de vida. En bastantes ocasiones, se producen trayectos hacia la vida adulta carentes de una dirección definida, con avances y retrocesos, donde las expectativas juveniles se ven constantemente insatisfechas frente a una realidad que no les ofrece apenas posibilidades de encontrar un proyecto de futuro adecuado a las mismas (Goyette, Pontbriand y Bellot 2011). La frustración provocada por los continuos riesgos a los que tienen que hacer frente, y por la imposibilidad de alcanzar esos proyectos de futuro a pesar de los inevitables ajustes de expectativas, se convierte, así, en el sentimiento predominante, cuyas trazas se pueden encontrar en muchos aspectos de sus vidas, tanto personales como colectivos.

Pero antes de continuar conviene precisar a qué nos referimos cuando hablamos de juventud desventajada. La utilización del concepto “desventaja”, en línea con la propuesta de los investigadores del grupo europeo EGRIS (Walther *et al.* 2002), busca

superar el enfoque clásico de la desigualdad social que privilegia las variables estructurales, de índole socioeconómica, en detrimento de otros factores que también tienen una importancia capital en el proceso de integración de los jóvenes y en el desarrollo de la capacidad para gestionar sus transiciones. Se trata, en suma, de no limitarse a tener en cuenta las dificultades que supone, por ejemplo, la situación de desempleo, el fracaso escolar o la posición socioeconómica familiar, sino también de integrar otros elementos fundamentales como el tipo de apoyo familiar, el capital cultural o las redes de sociabilidad. Por tanto, al hablar de desventaja nos referimos a aquellos factores socioestructurales (posición socioeconómica, género, etnia, etc...), factores personales (redes sociales, socialización familiar, competencias comunicativas...) y factores institucionales (sistemas educativos, estructuras laborales...) que impiden o dificultan el acceso a los recursos necesarios para alcanzar la integración social (Bendix y Stokes 2003); y sobre todo consideramos su interrelación en los contextos en los que operan, por cuanto su impacto varía considerablemente dependiendo de las circunstancias sociales, políticas y económicas de cada uno de esos contextos. En este sentido, nos parece especialmente interesante el concepto “constelaciones de desventaja”, en tanto que resume la idea de la compleja y cambiante interrelación entre los diferentes problemas que limitan los recursos y oportunidades disponibles, y que reducen la capacidad de los actores para gestionar sus proyectos de vida (Colley *et al.* 2007; López Blasco, McNeish y Walther 2003).

Aunque en la mayoría de las ocasiones estas constelaciones de desventaja condicionan decisivamente el futuro de las biografías juveniles, no deben concebirse como barreras invisibles que anclan al individuo a una posición social determinada. Por el contrario, como demuestran varios estudios sobre culturas juveniles, desde los márgenes es posible articular procesos de transición exitosos, aunque alejados de los trayectos más normalizados (Machado 2008). Se trata de transiciones en las que los individuos ponen en práctica otras capacidades que les permiten gestionar a su favor esas desventajas, convirtiéndolas en oportunidades. En este sentido, las desventajas deben concebirse como elementos —determinados estructuralmente e insertos dentro de las trayectorias vitales de los individuos— que en su interrelación orientan los procesos de transición en una determinada dirección (López Blasco 2007; Bendix y Stokes 2003).

Estas desventajas y las transiciones precarias en las que se concretan tienen una repercusión evidente en las distintas áreas de la vida juvenil. El sentimiento de frustración social que predomina en muchos de estos jóvenes debido a los obstáculos para alcanzar sus objetivos vitales se deja ver, por ejemplo, en la forma en que conciben su futuro (Sletten 2011); pero también lo encontramos en la manera en que hablan de la vida colectiva, de sus problemas como jóvenes y de las posibilidades para resolverlos. Esta dimensión colectiva es la que nos interesa en este trabajo, en tanto en cuanto nos permitirá acercarnos al tipo de politización que los jóvenes desventajados realizan de su posición como miembros de la comunidad; esto es, como ciudadanos.

La concepción de politización que manejamos se asemeja a la defendida por autores como Gamson (1992), Eliashop (1998) o Hamidi (2006). Para estos autores, los indica-

dores de la politización no se sitúan en el campo especializado de la actividad política, más o menos institucionalizada, ni tampoco en la enunciación explícita de un discurso o una práctica como política. Por el contrario, el indicador fundamental de la politización será el proceso por el cual el individuo convierte una cuestión más o menos particular en un tema de interés público, ante el que asume que existen posiciones en conflicto, y que requiere de algún tipo de acción para solucionarlo. Es evidente, pues, que la politización no puede concebirse como una variable dicotómica, sino como un proceso con diferentes modalidades, que no se desarrolla empíricamente siempre de la misma forma. Ahora bien, para que podamos hablar de politización, del tipo que sea, deben estar presentes, de una u otra forma, una serie de componentes: algún tipo de noción de ciudadanía común, la vinculación de los problemas con ciertos sentimientos de justicia y relativos a los derechos, el reconocimiento de un “nosotros” que dota de identidad a la posición mantenida, la atribución de responsabilidad a una autoridad o poder, así como su expresión mediante fórmulas de acción colectiva (Benedicto *et al.* 2011). Asimismo, al hablar de politización nos interesará tanto lo que dicen los jóvenes sobre la realidad en la que viven, como sobre sus prácticas. Al fin y al cabo, en ambos casos estamos ante acciones sociales que producen realidad.

Estos procesos de politización adoptan pautas diferentes en función de las circunstancias vitales de sus protagonistas. Entre los jóvenes desfavorecidos, de acuerdo con los resultados de nuestra investigación, los caminos que se siguen son mucho más complejos y variados de lo que suele inferirse de las imágenes simplistas habitualmente utilizadas, que solo nos hablan de desinterés y apatía; esto es, de una juventud desenganchada. La frustración que expresan se suele transformar en impotencia cívica al referirse a las cuestiones colectivas y a su capacidad de influencia. Pero los sentimientos de frustración e impotencia cívica no impiden diferentes formas de politización —aunque lógicamente sí condicionen su desarrollo—, así como concepciones y prácticas de ciudadanía que estos jóvenes construyen a partir de las situaciones en las que viven.

DISEÑO METODOLÓGICO

Los datos que se emplean en este trabajo proceden de una investigación realizada entre 2009 y 2011 con jóvenes en situación de desventaja, dirigida a analizar los procesos de politización de sus demandas y la vinculación existente con las condiciones de precariedad en las que desarrollan sus transiciones. El trabajo de campo se realizó en Madrid y en Andalucía. La población sujeta a estudio estuvo formada por jóvenes que, partiendo de una situación de desventaja social y/o personal, están inmersos en transiciones difíciles en las que tienen que hacer frente a riesgos sistémicos y subjetivos que ponen en peligro su integración, tanto social como política. Dos son, por consiguiente, sus rasgos distintivos: las situaciones de desventaja de las que parten, y unos procesos de transición complejos que plantean a sus protagonistas evidentes problemas para lograr una integración satisfactoria en la vida adulta.

Por lo que respecta a la definición de las desventajas, tras un estudio preliminar de la situación socioeconómica de la juventud española, constatamos la importancia del abandono escolar temprano, el fracaso escolar, las dificultades de incorporación al mercado de trabajo y el origen inmigrante² como principales factores estructurales de desventaja. En consecuencia, la población estudiada está formada por jóvenes de nivel educativo bajo o medio y, en ocasiones, con tempranas experiencias de abandono escolar, que siguen itinerarios con dificultades de inserción laboral, retraso o bloqueo de la estabilización profesional. Muchos de ellos se enfrentan a problemas en el proceso de emancipación familiar que, en unas ocasiones, se dilata en exceso y, en otras, se lleva adelante en condiciones poco favorables. Situaciones intermitentes de paro, frecuente rotación laboral y subocupación son tres características muy marcadas que pueden conducir a situaciones de riesgo, y a las que deben añadirse desventajas más específicas como las derivadas del género, la vida en barrios de bajo nivel socioeconómico, la maternidad juvenil o, en el extremo opuesto, la sobrecualificación de los universitarios.

De acuerdo con este planteamiento, para la selección de la muestra de jóvenes se tuvieron en cuenta, por una parte, las variables de género y edad (20-24 y 25-29 años) y, por otra parte, la trayectoria educativa, historial laboral, situación de emancipación, lugar de residencia y cargas familiares. Estas últimas variables fueron tratadas en términos dinámicos; es decir, lo que nos interesó al construir la muestra no era tanto la situación del joven en un momento determinado de su historia, sino las trayectorias que había seguido en diferentes aspectos importantes de su vida (educativa, laboral, familiar) y cómo se combinaban. Complementariamente a las anteriores variables, también se tuvo en cuenta la experiencia de implicación en actividades sociopolíticas. Las técnicas de recogida de la información consistieron en entrevistas biográficas y grupos de discusión.

En concreto, el material empírico que utilizaremos en este artículo procede de 11 entrevistas y 11 grupos de discusión, realizados durante 2010 y la primera mitad de 2011 en Madrid capital y localidades de la periferia, así como en varias provincias andaluzas. Los grupos de discusión estuvieron compuestos por 7-8 jóvenes cada uno de ellos (en total participan 83 jóvenes), distribuidos casi a partes iguales entre las dos categorías de edad establecidas (entre 20-24 años y 25-29). En cada grupo las desventajas se combinaron de manera diferente y con distintas intensidades; además, en todos ellos se aseguró una cierta presencia de jóvenes implicados y/o activistas con el fin de disponer de diversas experiencias de implicación colectiva. Todos los grupos se desarrollaron siguiendo un mismo guion de discusión que fue aplicado por el moderador en función de la dinámica específica de cada reunión. Las entrevistas se distribuyeron a partes casi iguales según sexo, edad y situación de trabajo actual. También se tuvieron en cuenta otros factores de desventaja como, por ejemplo, el barrio de residencia, los problemas de la familia de origen, etc. Asimismo, todas las personas entrevistadas tenían un cierto

² En este artículo no se ha incluido a los jóvenes de origen inmigrante, por lo que este factor de desventaja no será tenido en cuenta.

historial de implicación en colectivos sociales y/o políticos para poder así reconstruir, a partir de la subjetividad del actor, sus procesos de politización, las variables que favorecen o frenan estos procesos y la relación con sus trayectorias de transición. El material recogido en entrevistas y grupos ha sido codificado en varias etapas, sometiéndolo posteriormente a un análisis temático que ha permitido identificar una serie de temas, subtemas y categorías que han sido analizadas en profundidad (Richtie y Lewis 2003)

FRUSTRACIÓN SOCIAL E IMPOTENCIA CÍVICA, LOS DOS RASGOS PREDOMINANTES

Antes de analizar el tipo de politización presente en los discursos de los jóvenes desventajados con los que hemos trabajado, es preciso conocer previamente los rasgos fundamentales del contexto de significaciones en el que cobran sentido sus planteamientos. El primer aspecto a resaltar es la estrecha relación entre sus discursos y la situación vital en la que desarrollan sus transiciones. El distinto grado de vulnerabilidad social, las constelaciones de desventajas y las diferentes trayectorias que siguen hacia la vida adulta aparecen continuamente en sus concepciones sobre la vida colectiva, en sus valores cívicos y en los temas alrededor de los que se realiza la politización. Las experiencias sobre las que basan sus planteamientos parten de los ámbitos más próximos a sus vidas cotidianas. Circunstancias como la huella que deja el barrio en el que viven o la estigmatización que suele acompañar a la maternidad temprana aparecen una y otra vez en las intervenciones de los participantes³. No debe extrañar, por consiguiente, que sus discursos se muevan entre una enunciación en primera persona que reafirma el papel de las experiencias cotidianas en la definición de los agravios, de las reclamaciones de derechos, o en las prácticas de acción colectiva y una enunciación colectiva como jóvenes, cuya identidad se construye de manera reactiva. Lo que les identifica como grupo es la respuesta frente a una situación compartida de bloqueo de oportunidades; unas barreras que les impiden acceder a bienes y servicios a los que consideran tener derecho y, en definitiva, realizar sus propias vidas. En consecuencia, su politización es inseparable de su vida cotidiana; es ella quien hace posible el paso del “yo” al “nosotros” y viceversa.

Un segundo aspecto a resaltar es la conciencia que estos jóvenes muestran sobre las consecuencias derivadas del problemático contexto social y personal en el que viven. Aunque no se vean muy distintos al resto de jóvenes, en consonancia con lo que mostraban Mac Donald y Marsh (2001) en su estudio del caso inglés, reconocen sin ambages las dificultades o la imposibilidad de alcanzar los objetivos que la sociedad y sus

³ Sin embargo, resulta sorprendente la ausencia casi total de referencias al género como dificultad añadida para las jóvenes a la hora de realizar sus expectativas. En todo el material recopilado, solamente en una ocasión las participantes en un grupo de mujeres se quejan de una cierta discriminación por género: “N: —Es como que no tienes opinión; C: —Claro; N: —Y las mujeres menos...”.

padres les habían presentado como realizables. Son las víctimas de unas promesas incumplidas y por ello se sienten engañados. Viven con frustración personal y colectiva la situación de bloqueo de sus expectativas, pero no por ello se sienten excluidos de la sociedad. Podríamos decir que hablan “desde dentro, pero solo a medias”. Las causas y consecuencias de esta posición incierta resurgen de forma recurrente en los debates, sobre todo los relacionados con la responsabilidad colectiva de los jóvenes frente a sus problemas comunes.

Pero, sin ninguna duda, el rasgo más relevante y característico en los discursos de estos jóvenes es el consenso acerca de su escaso papel en la sociedad española. Para justificar la debilidad de sus posiciones emplean diferentes argumentos. El principal es, una vez más, el conjunto de “factores estructurales” que impiden la plena integración en la vida social, puesto que imposibilitan culminar con éxito sus procesos de transición: altísimos niveles de desempleo juvenil, precariedad y temporalidad del empleo, bajos salarios, aumento del coste de la vivienda... Sus propias experiencias personales, las de amigos o familiares, así como las noticias de los medios de comunicación les sirven para vincular todo este conjunto de obstáculos con su ubicación “en los márgenes” de la sociedad⁴, pero también se refieren a otras causas. Por ejemplo, mencionan las consecuencias negativas de los valores predominantes entre la juventud; en concreto, el individualismo y el consumismo ocasionan, a su juicio, la pérdida de los que consideran valores fundamentales para convertirse en actores sociales relevantes: el esfuerzo y la solidaridad.

“Yo veo que ‘los jóvenes con tener’ un coche, con tener un trabajo y una novia o un novio..., e ir de fiesta... Es que no... Y eso te lo digo por amigos y por lo que veo, que ‘no se implican socialmente en nada’”. (E2, Mujer 23 años, Madrid).

“Yo creo que es lo de la falta de solidaridad’ [...] Nos preocupamos sobre todo con lo que nos afecta a nosotros. Lo que les afecta a los demás pues pensamos que ya tenemos suficientes problemas como para preocuparnos de los demás”. (GR4, Mixto 20-24 años, Madrid).

Como se puede apreciar en los *verbatim* anteriores, las contradicciones son abundantes. Es difícil conciliar los valores que atribuyen a su ideal de miembro de la sociedad con la realidad de sus propios valores y comportamientos, lo que en ocasiones les lleva a apoyar la misma imagen negativa de los jóvenes que atribuyen a los adultos. La afirmación “nos ven como irresponsables”, se repite muy a menudo. Aunque nuestros jóvenes admiten que existen motivos que justifican esta visión, la rechazan en su mayoría como una concepción tópica y generalizada. Los principales culpables de propagar unos

⁴En este punto, no debemos olvidar que nuestro trabajo de campo se realizó cuando las consecuencias de la crisis económica eran ya patentes, por lo que se habían convertido en el principal tema de información y debate en los medios de comunicación.

pocos ejemplos negativos y de difundir esta imagen tan negativa, banalizándola y simplificándola, son los medios de comunicación.

“No confían nada en nosotros en todos los aspectos’, [...] Yo creo que no se nos tiene mucho en cuenta, y que claro, como todo lo que sale en la tele y en los medios de comunicación es malo, ‘piensan que todos somos igual’. Generalizan mucho”. (GR1, Mujeres 20-24 años, Madrid).

La reducida presencia de la juventud en la vida social trae consigo, como no puede ser de otra manera, una gran dificultad para expresar opiniones y demandas vinculadas a los problemas que les afectan. Y, una vez más, se confirma el diagnóstico de una sociedad que no los tiene en cuenta. Dos ideas se repiten con una cierta frecuencia; la primera de ellas insiste en la frustración que les provoca ser considerados como un colectivo sin opiniones ni ideas propias. La queja expresada por una joven en uno de estos grupos se repite una y otra vez: “es como que no tienes opinión”. La segunda idea nos remite a la invisibilidad de la juventud en la vida social y política, pero no tanto porque sean excluidos de la toma de decisiones o no se reconozca su presencia como actores legítimos, sino más bien porque no se les escucha (O’Toole *et al.* 2003). Es una invisibilidad más profunda, que tiene que ver con la imposibilidad de hacer llegar la “voz”, con la “sordera” de la sociedad.

“La gente joven en sí... uhm... no tiene ni voz ni voto; ‘nadie les escucha’ [...] Y siempre está la coletilla de ‘la gente joven no hace nada’, o ‘solo están de botellones’, o ‘solo están...’; pero nada más”. (E9, Mujer 24 años, Andalucía).

La única vía para romper esta situación es gritar para ser oídos, pero ni así parece haber posibilidades reales de ser escuchado:

“[...] pero no nos hacen caso y ‘ya hay que liarla, hay que hacer esto para que nos hagan caso’.

-Pero es que siguen sin hacerte caso. ‘Siguen sin hacerte caso’”.

(GR1, Mujeres 20-24 años, Madrid).

En nuestro trabajo de campo, la consideración de la escasa visibilidad de los jóvenes y de la poca atención que se presta a sus demandas —manifestada en la reiterada aparición de términos como “escuchar” o “hacer caso”— llevó directamente a cuestionar la relevancia de sus acciones. Y, en este punto, se confirma una hipótesis apuntada al inicio de este texto: aunque la frustración y la impotencia cívica son los sentimientos más recurrentes cuando hablan, ello no se traduce en desconexión frente a la sociedad. La conciencia de las dificultades para convertirse en actores sociales relevantes no implica en la gran mayoría de los casos optar por la “salida”, en el sentido hirschmaniano. Permanece un cierto deber moral de implicarse en la sociedad, de participar sobre todo en

las cuestiones próximas (*close-to-home*). En este dialogo entre dos jóvenes se observa con claridad la persistencia de esa responsabilidad moral a pesar de las dificultades que entraña. Ambas expresan abiertamente su desencanto con la situación, pero la segunda recuerda el deber moral de “perseverar en el esfuerzo”.

“Pues a mí llámame nihilista, o llámame lo que quieras, ‘pero yo estoy ya cansada de hacer esfuerzos’ que no van a ningún lado, con lo cual ya no los hago.

—Hombre, ‘yo estoy desencantada y aun así lo sigo haciendo”.

(GR5, mixto 25-29 años, Madrid).

En el difícil y estrecho mundo en el que viven, subsiste el deber moral de implicarse en la vida en común, al tiempo que este se hace compatible con una concepción mucho más instrumental de las acciones. La participación se vincula a aquellas cuestiones que, entienden, les afectan y les interesan muy directamente —las que están *close to home*—, y sus consecuencias se valoran por sus resultados directos, por su inmediatez.

LAS DISTINTAS REPRESENTACIONES DE LA VIDA COLECTIVA

A pesar de la retórica antipolítica predominante entre los jóvenes entrevistados, que les empuja a esforzarse por hablar “desde la distancia” y a recurrir de forma vehemente a constantes expresiones de crítica, desencanto y rechazo (Eliashop 1998), el análisis presentado en el apartado anterior apunta hacia una realidad diferente. Su frustración así como su debilidad como actores sociales inciden de forma clara en sus discursos, pero aun así los jóvenes desfavorecidos no están “desenganchados” de la sociedad en la que viven. Aunque con dificultades, construyen representaciones de la vida en común en las que los problemas dejan de ser individuales para convertirse en públicos, asumen la existencia de conflictos, realizan diagnósticos de los problemas a los que se enfrentan y, en ocasiones, son capaces de plantear alternativas de solución. En otras palabras, politizan la realidad que les rodea y asumen, en muy distintos grados, su condición de ciudadanos.

Esta politización, lógicamente, no es uniforme, como tampoco lo son las representaciones que construyen unos y otros grupos de jóvenes. El grado de precariedad vital en el que se mueven y las distintas estrategias que utilizan para superar la frustración de expectativas en la que viven⁵ inciden especialmente en esta diversidad. A partir del

⁵ A este respecto, es muy significativo que el grupo con más dificultades para construir un discurso político más allá de las circunstancias individuales sea el de los sobrecualificados. Estos universitarios solo son capaces de imaginar salidas individuales a la frustración que les provoca la situación en la que viven.

análisis del material recogido en nuestra investigación, y una vez que se logra superar la retórica de la desafección cívica, surgen tres tipos de discursos sobre la realidad socio-política que reflejan concepciones diferentes sobre la vida en común.

El discurso de la negación y el rechazo

El primer tipo de discurso se caracteriza por una visión eminentemente conflictiva de la realidad social, ante la cual, simplemente, se vislumbran muy pocas salidas. Empleando un lenguaje muy radical, que empuja al tiempo a la exageración y a la simplificación de los problemas que les aquejan —la realidad se ve en “blanco y negro”—, no se reconoce la posibilidad de solucionarlos recurriendo a las reglas establecidas de la vida social y política. El egoísmo de la naturaleza humana, el sistema capitalista o la acción de los mercados, por citar las categorías retóricas más utilizadas, serían las causas últimas de esta imposibilidad.

Este tipo se construye desde dos formulaciones bien distintas que nos remiten, además, a dos referentes ideológicos de signo opuesto. Por una parte, nos encontramos con una argumentación nihilista que algunos jóvenes tratan de vincular con la tradición anarquista. En este caso, la radicalización de la crítica a los fundamentos de la vida en común conduce a considerar la acción directa como única forma posible de cambiar el estado de las cosas y, en algunas ocasiones, a la defensa de acciones violentas. La forma en la que se expresa traduce, es cierto, una buena dosis de desesperación, pero no está exenta de un cierto exhibicionismo. De hecho, es mantenido esencialmente por varones que asumen el papel de provocadores, con un objetivo claro de impresionar al resto de los participantes.

[...] tú te estás quejando y están pasando de ti, pues va a llegar el caso ‘que tengas que meterle fuego al Ayuntamiento’. (GR9, hombres 25-29 años, Andalucía).

La segunda forma que adopta este discurso lleva al extremo la añoranza por el pasado. En este caso, lo que se lamenta es la pérdida del valor fundamental en torno al que se construye el orden social: la autoridad. La familia tradicional, y más concretamente la figura del padre autoritario, es el principal referente para reclamar un gobierno fuerte y, en ocasiones, para criticar el sistema democrático, como ocurre en el *verbatim* seleccionado:

“[...]A ver, ‘nos habéis vendido el rollo demócrata de libertad’, ¿pero libertad para quién, para uno solo? Y en cuanto nos quejamos, nos zumbáis”. (GR2, Hombres 25-29 años, Madrid).

Se trata de expresiones que traducen el temor y el desconcierto ante una situación que no saben cómo controlar. De ahí, el miedo a la libertad y la búsqueda de la seguridad que proporciona un mundo bien ordenado, en el que se minimice la incertidumbre.

El discurso cívico-participativo

El segundo tipo de discurso mediante el cual se expresa la politización de nuestros jóvenes se basa en el razonamiento clásico de la implicación cívica, matizado por algunas singularidades que introduce la situación en la que se encuentran aquellos que lo defienden. A pesar de compartir con el resto de jóvenes entrevistados los sentimientos de impotencia cívica y los diagnósticos críticos acerca del funcionamiento de la vida pública, se resisten a concluir que ello implique tener que rechazar de plano las reglas del sistema, o directamente situarse al margen de las mismas. Así pues, se esfuerzan por defender la exigencia de asumir sus plenos derechos y obligaciones como miembros de la comunidad. Para hacerlo, emplean bien un razonamiento de orden ético en el que la implicación cívica es el principal deber de los miembros de una sociedad, o bien una argumentación de corte pragmático, que insiste en los beneficios que aporta la participación, tanto individual como colectivamente. No se trata solo de cumplir un deber, sino que ello “te hace sentir bien; te convierte en una mejor persona”; te reporta indudables satisfacciones individuales. Pero también puede conllevar beneficios colectivos; en tanto que algunas de sus reivindicaciones son atendidas y, aunque los logros sean escasos, ello mejora, sin ninguna duda, su vida y la de su entorno.

En definitiva, dicha visión descansa en una concepción mucho más positiva del ser humano y, sobre todo, en una defensa de la política. Esta se entiende como un ámbito que busca el bien común, que excede con mucho el estrecho y criticable mundo de la política electoral:

“[...] que yo comprendo que la gente aborrezca la política y más ahora con lo que es, pero es que es lo que tenemos. O sea, nos guste o no, la única manera que podemos cambiar las cosas es presionando a eso, a los políticos de una manera o de otra. Si les dejas a su libre albedrío...

—Yo desde luego soy de los que pienso que pasar de la política hace más daño que bien; yo...”. (GR5, Mixto 25-29 años, Madrid).

A partir de aquí este tipo de discurso incide claramente en la dimensión participativa de la vida en común. La expresión de agravios y de reivindicaciones no es suficiente; no basta con “alzar la voz”. Dos ideas resumen bien la posición de estos jóvenes. La primera de ellas contrapone las consecuencias negativas del individualismo a las positivas de la acción colectiva. O en palabras de un joven andaluz: la “unión hace la fuerza”:

“[...] pero si tú luchas por algo que no es solo para ti sino para el que viene detrás, pues ‘así se consiguen más cosas’, porque realmente una sola persona no hace nada, sin embargo un colectivo sí”. (GR2, Hombres 25-29 años, Madrid).

La segunda insiste en que, a pesar de las dificultades a las que se enfrentan y de los entornos desfavorecidos en los que viven, hay suficientes oportunidades para comprometerse colectivamente, adecuadas a la diversidad de intereses o predisposiciones de los jóvenes. Es decir, aunque no se niega la efectividad de los diferentes medios de expresión de la política de la protesta, se pone el acento también en la necesidad y utilidad del asociacionismo. En concreto, cuando el moderador de un grupo planteó directamente qué papel tenían los ciudadanos en la sociedad además de votar, las respuestas de tres participantes muestran la variedad de repertorios de implicación disponibles, a su juicio:

- Quejarnos.
- Participar en la política.
- Yo creo que también.
- En las asociaciones de vecinos...
- En la comunidad.
- ‘Hay cantidad de historias, de formas de participar’; en UGT, o sea, en los sindicatos, en...
- En los sindicatos... (¿)
- Cambiar un poco la mentalidad”. (GR11, Mixto 25-29 años, Andalucía).

Pero la defensa de una ciudadanía activa no suele perder en la mayoría de las ocasiones la vinculación con la esfera de lo más cercano, con las cuestiones relacionadas con sus vidas cotidianas. De aquí que el barrio constituya la principal referencia para la acción. Se trata, pues, de una micropolítica impulsada “desde abajo”, con puntos de coincidencia con lo que algunos autores han denominado la “política de los estilos de vida” (Norris 2002).

- “Yo confío más en iniciativas populares’, en cosas que salen, que surgen a nivel de barrio, que luego se pueden extender a otro nivel, o iniciativas de gente...”. (GR5, Mixto 25-29 años, Madrid).
- “O sea, ‘a pequeña escala sí’..., sí siento que puedo hacer algo, ¿sabes?”. (GR11, Mixto 25-29 años, Andalucía).

El discurso del desencanto

Entre ambos discursos, el de la negación y el de la implicación, se sitúa un tercero que es, sin duda, el mayoritario entre estos jóvenes. Es el que refleja mejor su percepción del escaso peso que los jóvenes como grupo social tienen en la sociedad española, pero también la interiorización de algunas de las carencias específicas —siempre vinculadas a las dificultades que les afectan— que les impiden a ellos concretamente convertirse en miembros plenos de la sociedad. Esta joven madre expresa con gran claridad esta posición para justificar la falta de implicación cívica de jóvenes como ella:

“[...] es como que damos por hecho que no nos van a hacer caso y dices: ‘¿Y para qué voy a darme el paseo hasta allí, si nos van a ignorar?’”. (GR1, Mujeres 20-24 años, Madrid).

En este sentido, los principales argumentos que desarrollan insisten, una y otra vez, en la distancia que les separa de los ámbitos en donde se toman las principales decisiones políticas y también en la imposibilidad de hacer oír su voz, de cambiar las cosas. Todo ello justifica, a su juicio, que se vean obligados a “situarse en los márgenes”; esto es en una posición periférica pero sin ubicarse totalmente fuera.

En definitiva, los argumentos que se vierten denotan, a la par, un sentimiento de resignación ante este estado de cosas (“no se va a cambiar el mundo”), y también una sensación de provisionalidad. Se trata, en suma, de un *impasse* temporal en el que se sitúan “a la espera de tiempos mejores”, pero en ningún momento este discurso apuesta por una “salida” del sistema. Este es el auténtico discurso de la impotencia cívica que, en la inmensa mayoría de los casos, se justifica debido a la propia lógica del funcionamiento de la vida pública y no tanto a una visión negativa de los ciudadanos. Si los que tienen el poder no escuchan las demandas juveniles, estos no pueden hacer nada, como lo reconoce esta joven, a pesar de la paradoja de ser representante sindical en su empresa y de haberse dedicado a defender a sus compañeras frente a la dirección con relativo éxito, según su relato

“¿TU CREES QUE [LOS JÓVENES] PUEDEN HACER ALGO O NO? Yo creo que no. Es que eso como no depende... o sea por mucho que se queja la gente o que se recojan firmas, como muchas veces se han recogido y tal, los que mandan son los de arriba. ‘Si no quieren ayudar es que yo pienso que no podemos hacer ya nada’, yo pienso que no”. (E5, Mujer 24 años, Madrid).

No obstante, ello no supone el rechazo absoluto del ejercicio de los deberes cívicos, y más concretamente del voto. Ni tampoco implica la total ausencia de experiencias de implicación cívica. Conlleva, más bien, una defensa de una “ciudadanía intermitente” muy limitada, teñida del comprensible pesimismo que provoca la situación en la que viven y la incapacidad de lograr algún tipo de eficacia en sus acciones. La decepción de esta joven madrileña, con un historial previo de activismo, desemboca en la resignada aceptación de una “normalidad” que iguala a jóvenes y adultos en la aceptación de la subordinación (“unirse a la manada”) y la pasividad (“no hacer nada”).

“Yo estoy muy desencantada... es una, no sé cómo explicarlo, una ‘frustración’... ves que quieres hacer algo y que ni tiene ningún tipo de repercusión, pues como que un poco ya te apartas para no sufrir [...] Decir eso es así, es lo que hay ‘tengo que aceptarlo y me uno a la manada de todo el mundo que no hace nada’, por ejemplo”. (GR5, Mixto 25-29 años, Madrid).

LAS EXPERIENCIAS DE IMPLICACIÓN CÍVICA COMO ESTRATEGIAS DE POLITIZACIÓN

El análisis de los discursos juveniles nos ha permitido poner de manifiesto la capacidad de estos jóvenes en situación de dificultad para pasar de la singularidad de los problemas que tienen en sus vidas a los planteamientos colectivos en los que se realizan diagnósticos sobre la situación, se identifican los responsables de la misma o se plantean reivindicaciones. Como hemos visto, sus concepciones de la vida en común, su forma de entenderse a sí mismos como miembros de la comunidad a la que pertenecen, no son ni mucho menos uniformes. Los jóvenes difieren en sus planteamientos, como no podía ser de otra forma en un colectivo tan heterogéneo y en el que las constelaciones de desventaja actúan de forma diversa y cambiante. Pero en todos ellos se descubre una base común, caracterizada por la frustración social ante los obstáculos con los que se enfrentan por la impotencia cívica derivada de su incapacidad para ser “escuchados” y, como consecuencia, para poder cambiar la marcha de las cosas. Frustración e impotencia cívica dan forma al contexto discursivo en el que los jóvenes desventajados españoles llevan a cabo sus procesos de politización.

En efecto, hablar de politización entre este tipo de jóvenes implica reconocer sus capacidades cívicas, pero sin olvidar las dificultades a las que se enfrentan. Por tanto, no podemos pensar en ellos como ciudadanos activos en un sentido clásico, como sujetos políticos que reclaman activamente su intervención en los procesos sociales y políticos mediante una presencia constante en la esfera pública. Por el contrario, en muchas ocasiones hemos comprobado que solo puede hablarse de politización en términos embrionarios, en el sentido de que se limitan a expresar quejas o reivindicaciones de carácter colectivo, sin que estas vayan acompañadas de ninguna estrategia de solución, ni de propuestas de acción colectiva que les conviertan en actores políticos. El bloqueo que muchos de ellos manifiestan a la hora de pensar en la esfera pública y en sus protagonistas, consecuencia, en parte, de su déficit de recursos y, en parte, de la indiferencia con que les tratan los poderes públicos, hace que les sea muy difícil activar su capacidad de agencia.

Precisamente esta dimensión era uno de los objetivos centrales de nuestra investigación, por lo que se sobrerrepresentó la presencia de jóvenes con distintas experiencias participativas, incluyendo sobre todo a miembros de diferentes tipos de organizaciones. Se trataba de reconstruir los procesos que llevan a la implicación juvenil, y la relación que guardan con su situación social y personal. Del análisis de las experiencias relatadas por los participantes en la investigación se concluye, con claridad, que la pertenencia y la implicación en el grupo constituyen elementos decisivos de socialización política (forman opinión, generan redes, se actualizan competencias...) porque proporcionan recursos para interpretar la realidad y, sobre todo, para superar la acción de las desventajas que les impiden muchas veces salir de su mundo limitado. La participación en grupos y asociaciones no es, en la mayoría de los casos, una estrategia consciente de politización, pero sí tiene consecuencias evidentes en este sentido, en tanto en cuanto proporciona la posibilidad de ampliar los horizontes. El colectivo les permite salir de las

influencias negativas del barrio, del grupo de amigos y también les confiere un cierto sentido de identidad; pero, ante todo, la participación en un grupo constituye un universo de “sociabilidad”, de relaciones con otros, en el que es mucho más fácil desarrollar los fundamentos de la ciudadanía (Leca 1986). Este miembro de una asociación juvenil resume todos estos beneficios al relatar su experiencia de implicación en la asociación:

“Creces como persona’, por así decirlo; te vuelves más participativo, más amigable, te gusta estar con todo tipo de gente... Yo qué sé, aprendes a no etiquetar tanto a la gente en un principio, ¿no? A lo mejor..., o por las apariencias, o por lo que te dicen, das más oportunidad a todo el mundo. [...] Estas cosas te llevan a hacerte sentir mejor, ¿sabes?, porque te comprendes mejor..., y ‘a través de ello pues ya puedes ofrecer algo a los demás’”. (E1 Hombre 20 años, Madrid).

A través del relato de varios miembros de asociaciones juveniles se puede observar con claridad cómo, en este sentido, la organización constituye un recurso fundamental para la acción: es una estructura de dinamización y movilización en la que los monitores desempeñan un papel fundamental. Mediante el trabajo en la asociación se logra un progresivo desplazamiento desde una dinamización externa (los protagonistas son los monitores) hasta una interna (los protagonistas son los propios jóvenes). A este respecto, resulta muy interesante observar el paralelismo entre el proceso de implicación de estos jóvenes, entendido como una progresiva adquisición de responsabilidad en el trabajo asociativo, y el proceso de autonomía personal, descrito por ellos mismos como un ir tomando poco a poco las riendas de sus propias vidas, liberándose de la protección paternal/maternal. En definitiva, la lógica de la autonomía se reproduce en el plano personal y en el colectivo.

Otro de los resultados significativos de nuestra investigación es la importancia que los jóvenes activistas conceden a los resultados de sus acciones, bastante por encima de los lazos emocionales o expresivos que les unen con la organización. De acuerdo con la nueva lógica de la politización juvenil en la que las lealtades institucionales han perdido mucho de su valor en favor del compromiso provisional del individuo y de la realización biográfica (Rossi 2009), la vinculación con el grupo pasa fundamentalmente por la consecución de resultados en el ámbito cercano, por la resolución de problemas. Y es que estos jóvenes en situación de dificultad también se mueven en un entorno de creciente individualización, en el que priman las actividades informales, individuales y cotidianas, tal y como ocurre en el conjunto de la juventud actual (Harris, Wyn y Younes 2010). Más que una defensa de las organizaciones, de los métodos que utilizan o de su orientación social o política, nos encontramos con que nuestros jóvenes hablan fundamentalmente de aquellas cosas que hacen y de la repercusión que tienen, tanto en el entorno más cercano como en sus propias vidas.

Aparte de estos jóvenes relativamente movilizados, para los que la pertenencia a la organización “les ha cambiado la vida”, nos hemos encontrado con otros que, de manera más o menos esporádica e intermitente, se convierten en activistas; unos jóvenes que

transforman en prácticas esos fundamentos de ciudadanía, en un trabajo de ensayo y error que llevan a cabo en distintos espacios de la vida ciudadana. En estos casos, la movilización, normalmente asociada a una reivindicación concreta y específica, se convierte en una herramienta de activación de su capacidad de agencia, por medio de la cual se construyen como actores políticos de la comunidad y hacen efectiva su condición ciudadana, muchas veces negada por el contexto de dificultades en el que viven.

La implicación en una acción colectiva constituye, para ellos, una estrategia de politización dirigida básicamente a ser reconocidos como interlocutores por parte del poder. Si una de las claves sobre las que descansa la impotencia cívica es la impresión de que “da lo mismo lo que hagamos porque nadie va a hacernos caso”, con este tipo de acciones reivindicativas se rompe, aunque sea coyunturalmente, el círculo vicioso de la frustración y la impotencia cívica que empuja hacia el pesimismo y la apatía.

“Si queremos que cambien las cosas es actuar ya’. O sea, si a nosotros no nos gusta esto, actúa a ver si te sale bien; si no puedes tú solo, busca compañía”. (GR10, Mixto 20-24 años, Andalucía).

Bien es cierto que en toda acción política, y más cuando esta es de carácter reivindicativo, subyace de manera implícita una demanda de reconocimiento del actor que interviene (legítima o ilegítimamente) en el espacio público para reclamar algo, para expresar una opinión o defender una posición. Esta demanda se cumple en parte cuando la autoridad reacciona, incluso mediante la represión o el rechazo pero, en el caso de los jóvenes a los que nos estamos refiriendo, lo que destaca es que la irrupción en el espacio público —muchas veces de forma inesperada, poco organizada y sin pretensión de consolidación— parece ser la única estrategia a su alcance para “obligar” a las autoridades y las instituciones a reconocerles como interlocutores; porque el resto de acciones posibles, incluyendo aquellas que no rechazan como puede ser el voto, no les permiten hacer realidad su condición de actores políticos.

A través del relato de uno de los jóvenes de nuestros grupos obtenemos un buen resumen de las características de este tipo de movilizaciones realizadas “desde abajo”. Se trata de una protesta espontánea realizada por una serie de vecinos contra el ayuntamiento por el retraso en la construcción de un aparcamiento. En la narración aparecen todos los componentes típicos del repertorio de movilización utilizado: como se sienten estafados (motivo de agravio), deciden desafiar a la autoridad para que les hagan caso (“¿cómo les duele?”) y para ello eligen la confrontación directa (“amenazarlos... a ver quién se cansa antes”):

“Yo ahora ‘me estoy manifestando todos los miércoles’ ahí en los..., [...] Porque di mil euros para un garaje en el 2007, tenía que estar hecho en el 2008-2009, y los mil euros, que somos quinientas y pico plazas, han desaparecido. Que llevamos ya tres años, que no viene nadie, ninguna excavadora ni... Entonces hemos llegado ya a la conclusión... ‘¿Cómo les duele?’ Cortando la Ronda. Pues todos los miércoles a las ocho de la

noche..., [...] Y eso es lo que estamos haciendo, que eso..., 'amenazarlos' [...] Pero ya por ejemplo eso, ya sabe el alcalde que todos los miércoles... En prensa salimos el martes antes diciendo..., para avisar del corte de tráfico... 'a ver quién se cansa antes', si nosotros los miércoles o el alcalde de...". (GR9, Hombres 25-29 años, Andalucía).

El propósito es presionar a la autoridad, convirtiéndose en interlocutores de la única manera que consideran posible: haciéndose oír a través de la irrupción en el espacio público. Solo con la acción colectiva se puede romper la impotencia que provoca la escasa atención que las autoridades prestan a las demandas ciudadanas. Pero para que la movilización sea posible, como reconoce nuestro informante, es necesario establecer vínculos de relación y confianza entre los participantes ("ya hubo una toma de contacto"), en cuya creación las nuevas tecnologías de la comunicación juegan un papel fundamental (se comunican inicialmente a través del correo electrónico y luego por una página en Facebook) pero no exclusivo porque el encuentro físico también resulta imprescindible ("nos vemos..."):

"En principio fue' una mujer que puso un cartel: 'Todos los adjudicatarios, todos los que tengan plaza no sé qué, el miércoles nos reunimos a las ocho'. Y en un momento..., ese miércoles fuimos trescientas personas... 'Pues ya quedamos, nos dimos el correo'..., ya hubo una toma de contacto. Como ya todos somos vecinos 'y nos vemos': 'Oye, este miércoles...". (GR9, Hombres 25-29 años, Andalucía).

Varios son los ejemplos que hemos encontrado en nuestro estudio de esta clase de movilizaciones "desde abajo", en los que lugares virtuales y lugares físicos de encuentro se entrecruzan (Castells 2012; Reinghans y Hollands 2012). El relato de las mismas suele hacerse en primera persona, destacando la capacidad de actuar de los que allí participan y, sobre todo, la implicación emocional que producen, en contraposición a otro tipo de acciones de protesta más organizadas, como pueden ser las manifestaciones promovidas por partidos o sindicatos. Estas no parecen generar lazos de compromiso. Se les acusa de estar "politizadas", y en el fondo da lo mismo si se participa o no. En cambio, las movilizaciones más espontáneas se reconocen como algo propio, en el que se encuentran con otros a la vez que se sienten protagonistas⁶. Y aquí encontramos el segundo rasgo a destacar en esta estrategia de politización a través de la acción: la sensación de protagonismo, de estar luchando por algo "que es un bien tuyo".

La ciudadanía activa juvenil tiene dos fundamentos indispensables sin los cuales no puede desarrollarse: la presencia y el protagonismo (Benedicto y Morán 2007; Morán y

⁶ La importancia que otorgan los jóvenes que participan en estas movilizaciones a las emociones que emergen en el encuentro con otros recuerda, sin duda, a uno de los elementos más característicos de movimientos como el 15M (Perugorria y Tejerina 2013).

Benedicto 2003). Pues bien, estos jóvenes solo consiguen convertirse en ciudadanos plenos cuando, a través de su acción reivindicativa, el “otro”, es decir el poder, se ve obligado a reconocer —la mayoría de las veces sin quererlo— su presencia; y además ellos consideran que pueden modificar la marcha de las cosas, convirtiéndose en protagonistas de la acción. En suma, a través de la implicación se construyen como actores políticos y dan forma a su condición de ciudadanos activos. Eso sí, en la mayoría de las ocasiones de una forma provisional aun cuando la acción logre obtener algún tipo de resultado, por cuanto la presión del contexto de frustración e impotencia cívica en el que viven resulta muy difícil de romper.

CONCLUSIÓN

Contrariamente a la imagen que muchas veces se transmite de los jóvenes en situación de desventaja como apáticos y desenganchados de la sociedad, los resultados de esta investigación muestran que estos jóvenes manifiestan preocupación por lo que ocurre en su entorno social, formulan quejas y reivindicaciones colectivas, y comparten diferentes representaciones sobre el funcionamiento del orden social y político. En resumen, a través de caminos complejos y no exentos de dificultades, los jóvenes desventajados son capaces de politizar la realidad en la que viven; una realidad limitada, en la que predominan los riesgos sobre las oportunidades, a partir de la cual tratan de construirse a sí mismos como ciudadanos.

Las difíciles condiciones en las que desarrollan sus procesos de transición, el bloqueo de sus expectativas vitales y la sordera de la sociedad adulta ante sus demandas provocan generalizados sentimientos de frustración y de impotencia cívica que condicionan negativamente su capacidad de enfrentarse a los problemas colectivos como ciudadanos activos. El resultado, la mayor parte de las veces, es una politización restringida y sin eficacia. Como resulta evidente a través del análisis de sus discursos, estos jóvenes tienen grandes dificultades para construir estrategias de solución y, sobre todo, para activar su capacidad de agencia. Solamente algunas experiencias de compromiso y movilización colectiva les permiten superar los obstáculos para convertirse en actores políticos.

En consecuencia, en esta investigación se comprueba el papel clave que la implicación colectiva juega en el proceso de politización de estos jóvenes desventajados. Pero estas experiencias de compromiso colectivo no son, para la mayoría de los jóvenes entrevistados, la consecuencia más o menos natural de la interiorización de una serie de creencias o actitudes posteriormente llevadas a la práctica, como defendería una concepción clásica de la socialización. Por el contrario, son las mismas prácticas las que permiten a los individuos desplegar sus competencias cívicas y su capacidad de agencia: en la acción se desarrolla la propia concepción de ciudadanía.

A través de la presencia en el espacio público, de manera más continuada, por medio de la pertenencia a determinadas asociaciones o, de forma más intermitente, mediante la participación en movilizaciones reivindicativas, algunos de estos jóvenes desventajados llegan a convertirse en protagonistas de la acción. Dichas acciones constituyen para ellos experiencias de ciudadanía fundamentales, porque como afirma Daniel Cefaï (2011): “las movilizaciones colectivas, ya sean movimientos sociales de envergadura internacional o acciones asociativas a escala local, remodelan los campos de experiencia y los horizontes de expectativas, privados y públicos, de los actores” (P.160).

Sin duda, las difíciles condiciones sociales y personales en que estos jóvenes desarrollan sus vidas incrementan decisivamente los costes de oportunidad para llegar a ser sujetos políticos, tal y como preveían los modelos clásicos de la politización. Ahora bien, como hemos tratado de mostrar en este artículo, estas dificultades no les impiden aprovechar, en ocasiones, los márgenes de maniobra de las situaciones en las que están insertos para activar, junto a otros, su capacidad de actuar⁷. De una forma provisional e intermitente, los jóvenes en situación de desventaja encuentran en el compromiso con los demás la llave que les permite convertirse en sujetos políticos con capacidad para ser actores protagonistas. La metáfora de la acción colectiva de las hormigas utilizada por un joven andaluz lo resume a la perfección:

“Yo creo, lo que me estoy dando cuenta..., lo que pasa es que todavía soy joven, pero que la fuerza está como las hormigas, que una hormiga no hace nada, pero quinientas hormigas te desmontan el jardín, el césped; pues eso lo mismo”. (GR9, Hombres 25-29 años, Andalucía).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bendit, R. y D. Stokes. 2003. “‘Disadvantage’: transition policies between social construction and the needs of vulnerable youth”. Pp. 261-277 en *Young People and Contradictions of Inclusion*, editado por A. López Blasco, W. McNeish and A. Walther. Bristol: Policy Press.
- Benedicto, J. y M. L. Morán. 2007. “Becoming a Citizen. Analysing the Social Representations of Citizenship among Young People”. *European Societies* 9:601-622.
- Benedicto, J., L. Fernández de Mosteyrin, M. J. Funes, J. Monferrer, M. L. Morán y J. D. Robles. 2011. “La construcción del sujeto político en la juventud. El caso de los jóvenes andaluces en riesgo”. *Actual* 58. Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces.

⁷ La nueva ola de movilizaciones globales iniciada en nuestro país con el 15-M puede significar una oportunidad para que la experiencia de protagonismo cívico relatada por estos jóvenes desventajados no sea algo momentáneo y provisional (Feixa y Nofre 2013). Sin embargo, se necesita seguir investigando en qué medida este nuevo contexto de oportunidades les permite neutralizar las consecuencias de la frustración y la impotencia cívica vinculadas a sus grandes dificultades de integración social.

- Bottrell, D. y D. Armstrong. 2007. "Changes and Exchanges in Marginal Youth Transitions". *Journal of Youth Studies* 10:353-371.
- Bynner, J., L. Chishlom y A. Furlong. 1997. *Youth, Citizenship and Social Change in a European Context*. Aldershot: Ashgate.
- Cavalli, A. y O. Galland. 1993. *L'allongement de la jeunesse*. Poitiers: Actes Sud.
- Castells, M. 2012. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cefai, D. 2011. "Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. De la experiencia al compromiso". *Revista de Sociología* 26: 137-166.
- Colley, H., B. Hoskins, T. Parveva y P. Boetzelen. 2007. *Social Inclusion for Young People: Breaking down the Barriers*. Strasbourg: Council of Europe Publishing.
- Eliasoph, N. 1998. *Avoiding politics: How Americans produce apathy in everyday life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Feixa, C. y J. Nofre. 2013. *Generación Indignada. Topías y Utopías del 15-M*. Lleida: Editorial Milenio.
- Fortino, S., B. Tejerina, B. Cavia y J. Calderón. 2012. *Crise sociale et precarité. Travail, modes de vie et résistances en France et en Espagne*. París: Le Champ Social Ed.
- Furlong, A., F. Cartmel y A. Biggart. 2006. "Choice, biographies and transitional linearity: Re-conceptualising modern youth transitions". *Papers* 79: 225-239.
- Gamson, W. 1992. *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Goyette, M., A. Pontbriand y C. Bellot. 2011. *Les transitions à la vie adulte des jeunes en difficulté*. Québec: Presses Universitaires de Québec.
- Hamidi, C. 2006. "Éléments pour une approche interactionniste de la politisation. Engagement associatif et rapport au politique dans des associations locales issues de l'immigration". *Revue française de science politique* 56:5-25.
- Harris, A., J. Wyn y S. Younes. 2010. "Beyond apathetic or activist youth. 'Ordinary' young people and contemporary forms of participation". *Young* 18:9-32.
- Hirschman, A. O. 1981. *Exit, voice and loyalty: response to decline in firms, organizations and states*. Cambridge Mass: Harvard University Press.
- Leca, J. 1986. "Individualisme et citoyenneté". Pp. 159-209 en *Sur l'individualisme*, sous la direction de P. Birnbaum y J. Leca. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- López Blasco, A., W. McNeish y A. Walther. 2003. *Young People and Contradictions of Inclusion*. Bristol: Policy Press.
- MacDonald, R. y J. Marsh. 2001. "Disconnected Youth?". *Journal of Youth Studies* 4:373-391.
- Machado, J. A. 2008. "Young people, citizenship and leisure". Pp. 227-244 en *Youth transitions: processes of social inclusion and patterns of vulnerability in a globalised world*, editado por R. Bedit and M. Hahn-Bleibtreu. Opladen: Barbara Brudich Pb.